



SAN JOSÉ EN LA VIDA DE LA IGLESIA

P. Teófanos Egido. O.C.D.

Catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Valladolid. Especialista en los problemas históricos del S. XVIII, ha investigado y escrito sobre la reforma luterana, las confesiones protestantes, el erasmismo, la Inquisición y la religiosidad colectiva. Nombrado Cronista Oficial de Valladolid. Director de los Estudios Josefinos de Valladolid.

La presencia de San José a lo largo de la vida de la Iglesia ha sido algo desconcertante. Y, al contrario de lo acontecido con otros santos, San José, en este sentido histórico, no ha tenido excesiva suerte. Trataremos de seguir en esta reflexión, motivada por el centenario de una de las expresiones de los buenos momentos de esta presencia de San José en la Iglesia, la trayectoria aparentemente extraña que ha acompañado al padre de Jesús y esposo de María en la mirada de los creyentes.

De los evangelios a los apócrifos

La primera catequesis cristiana, como es de sobra sabido, se centró en el anuncio del misterio pascual, pasión, muerte y resurrección del Señor; no lo es menos que aquellas primeras comunidades cristianas sintieron pronto la necesidad de la reflexión prepascual, y el evangelio de la infancia, o de la vida oculta (prescindiendo ahora de sutiles discusiones acerca de su historicidad entendida con criterios muy posteriores a los de Lucas y Mateo) presentó a José como transmisor de la ascendencia davídica, como padre de Jesús (porque así lo llamaba María), como esposo de la Virgen, como mediador silencioso del designio de salvación. Aunque no se registrara ni una palabra suya, y contra lo que suele insinuarse, no es tan poco lo que de él dicen los evangelios.

Pero los cristianos querían más noticias de la infancia y de la juventud de Jesús. Y para saciar la comprensible curiosidad, como portadores de ciertas ideas a veces no demasiado ortodoxas, desde el siglo III comenzaron a redactarse (su divulgación fue a veces algo posterior) los "evangelios apócrifos". Eran productos ingenuos -o no tan ingenuos- de la fantasía. Prehistoria familiar de Jesús, hasta sus abuelos; niñez de María en el templo; su boda acompañada de lo maravilloso (la vara florecida del esposo); acompañantes y episodios en los caminos hacia Belén, hacia Egipto, en la estancia y en los retornos: todos estos vacíos se llenan con buenas dosis de imaginación. Fueron ellos (sobre todo los llamados Protoevangelio de Santiago, Pseudo Mateo, Historia de José el carpintero, Evangelio de la Natividad de la Virgen), los creadores de un José viejo, muy viejo, cuanto más viejo mejor, y además viudo, y, encima, con bastantes hijos ya cuando se casó con María después de aquella pugna entre pretendientes más agraciados física, social y económicamente, y para qué seguir...

Valga como modelo de esta forma de ver al pobre José durante tanto tiempo la presentación que de él se hace en una fuente apócrifa que influiría tanto en la transmisión posterior: el llamado Protoevangelio de Santiago (quizá ya en el siglo II) teatraliza la elección de José, viudo, desgastado, para esposo de María, aquella niña

Avenida San José de la Montaña, 15

Valencia 46008 España Telf.: 963824335 Fax: 963843501 E-mail:

madresdedesamparados@madresdedesamparados.org





Madres de Desamparados y San José de la Montaña

que estaba en el templo servida por ángeles, y que llegó a la edad de doce años. Los sacerdotes tenían que darle marido para sacarla del templo. El Sumo entre ellos, Zacarías, "endosándose el manto de las doce campanillas, entró en el sancta sanctorum y oró por ella. Mas he aquí que un ángel del Señor se apareció diciéndole: 'Zacarías, Zacarías, sal y reúne a todos los viudos del pueblo. Que venga cada cual con una vara, y de aquel sobre quien el Señor haga una señal portentosa, de ése será mujer'. Salieron los heraldos por toda la región de Judea, y al sonar la trompeta del Señor todos acudieron. José, dejando su hacha, se unió a ellos, y una vez que se juntaron todos, tomaron cada uno su vara y se pusieron en camino en busca del sumo sacerdote. Éste tomó todas las varas, penetró en el templo y se puso a orar. Terminado que hubo su plegaria, tomó de nuevo las varas, salió y se las entregó. Pero no apareció señal ninguna en ellas. Mas al coger José la última, he aquí que salió una paloma de ella y se puso a volar sobre su cabeza. Entonces el sacerdote le dijo: 'a ti te ha cabido en suerte recibir bajo tu custodia a la virgen del Señor'. José replicó: 'tengo hijos y soy viejo, mientras que ella es una niña; no quisiera ser objeto de risa por parte de los hijos de Israel'. Entonces el sumo sacerdote repuso: 'Teme al Señor tu Dios y ten presente lo que hizo con Datán, Abirón y Coré: cómo se abrió la tierra y fueron sepultados en ella por su rebelión. Y teme ahora tu también, José, no sea que sobrevenga esto mismo a tu casa. Y él, lleno de temor, la recibió bajo su protección. Después le dijo: 'Te he tomado del templo; ahora te dejo en mi casa y me voy a continuar mis construcciones. Pronto volveré. El Señor te guardará'" (Los evangelios apócrifos, edic. Daniel Ruiz Bueno, BAC, Madrid, 1946, p. 160-162. No viene mal la ocasión para recordar que uno de los mejores estudios que existen sobre esta visión apócrifa y desfiguradora de José es el publicado por Sebastián Cirac Estopañán en los números del año 1951 de la revista San José de la Montaña).

Algunos padres de la Iglesia

Los padres de la Iglesia, con más o menos vigor a tenor de los tiempos, se encontraron con problemas apologéticos que tenían que resolver. Fue el suyo, por lo general, un ambiente en el que el valor de la virginidad se fue imponiendo como valor absoluto a veces. Y como en el evangelio aparecían "unos hermanos de Jesús", y se decía que José era su padre y esposo de María, y esto lo aprovechaban bien algunos herejes de la época para cuestionar la virginidad de María, convino a) silenciar a José o b) convertirlo en instrumento salvaguardador de la virginidad de su esposa.

Es cierto que algunos, Orígenes, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, con más fuerza aún y con palabras más hermosas San Agustín, se empeñaron en valorar una paternidad más real cuanto más virgen; pero otros reasumieron las posiciones apócrifas y contribuyeron a transmitir la imagen del viudo y viejo, padre, más que de Jesús, de los llamados hermanos suyos.

San Epifanio de Salamina (315-403) es un testigo bien cualificado de esta singular apologética: José, padre sólo en apariencia de Jesús, "en edad avanzada y viudo de la mujer que le diera cuatro varones (Santiago, llamado hermano del Señor porque fue educado con él, Simón, Judas y Juan) y dos hembras (Ana y Salomé) -y los nombres no acaban de coincidir con los apócrifos-; este José, digo, ya viejo y viudo, en virtud de la suerte se vio obligado a contraer matrimonio con la sacratísima Virgen María".

Avenida San José de la Montaña, 15
Valencia 46008 España Telf.: 963824335 Fax: 963843501 E-mail:
madresdedesamparados@madresdedesamparados.org





El olvido de la Edad Media

Pasaron siglos en los que José no salía de este ocultamiento. Fueron los siglos medievales, de espiritualidad monástica, de los sistemas escolásticos de lógicas y juridicismos, dentro de los cuales poco decía el matrimonio de José y menos su paternidad. Por otra parte, la catequesis plástica, de las pinturas y los relieves, se encargó de popularizar la figura de un José que estaba al margen del misterio en la navidad, en las adoraciones del recién nacido. Su figura resulta hasta grotesca cuando no cómica: eran frecuentes las representaciones del santo viejísimo, y dormido, ajeno a todo o a casi todo; llevando una linterna por el establo y siempre en segundo plano; haciendo unas sopas. La misma imagen, tan cercana al ridículo, se repetía en los juegos, en los autos, en los villancicos representados en las iglesias por navidad, en alguno de los cuales María lo llamaba "padre", y Ana "Reverendo Padre".

Y como en sociedades analfabetas el mejor y casi único medio de información eran los sermones, tampoco San José salía del todo bien parado en la mayor parte de ellos. Como, por ejemplo, en uno de los predicadores más populares, que arrastraba masas allá a fines del siglo XIV, como era San Vicente Ferrer: al margen de hacer pensar al esposo lo peor ante la gravidez de María, el estribillo con que lo califica por doquier es el de "viejo y pobre". En uno de los deliciosos sermones de la vigilia de Navidad expone con emoción el acontecimiento, el mendigar posada por José y María de mesón en mesón, hasta llegar al último desengaño:

"E así, avergoñados fuéronse a otro mesón, e eso mismo el buen ombre dixo: -"Avrá aquí posada?". Dixo la huéspedea: -"¿E para quién?". Dixo él: -"Para esta moça e para mí". E dixo la mesonera: -"¿E quién es esta moça?". E dixo Josep: -"Señora, mi esposa es". E dixo la mesonera: -"!Hiuy, mal empleada sea ella en vos!". E dixo Josep: -"Señora, pues preñada está, acogednos por Dios e por nuestro dinero; e ved que esta noche o mañana debe parir, e porwue no sea en peligro acogednos agora, e yo lo pagaré bien". E dixo la mesonera: -"O, viejo loco, ¿e non aviades vergüenza en la traer aquí? Alahé, bien parece que todos los viejos sodes çelosos; id en buena hora, que non hay aquí posada para vos". E entonces el buen ome de Josep volvióse a la Virgen María e dixo: -"Eh, ay, bendicha, ¿non vos lo dixé yo que todo el mundo burlaría y encarnecería de nos? Ay, mesquino, ¿e qué faré agora?". Buena gente, pensad qué vergüenza habría entonces la Virgen María, que andaba toda envergonzada de calle en calle e de mesón en mesón. E desde que vido que en toda la cibdat non fallaba posada, empezó a decir Josep: -"O, Señor de todo el mundo, ¿e non fallaré casa para en que pose la vuestra madre?". E andando así de calle en calle vino la noche e morían de frío. E fallaron un portalete que estaba abierto, e de parte derecha e siniestra tenía paredes, e estaba ende un pesebre. E el buen ome quería reventar de pesar. E la bendicha consolábalo diciendo: -"Mi señor, estad en paciencia, que aquí posaremos asaz convenientemente". E el buen ome dixo: -"Ay, bendicha, ¿e cómo estaremos así desertados?". E ella dixo: -"Señor, non estamos, que todo el mundo es casa de Dios. E catad que aquí está buen pesebre do coman el asno y el buey". E desde que el buen ome vido que otro remedio non había, tomóla en brazos para descabargarla del asno con tanta reverencia e temor más que non el clérigo cuando toma agora la hostia consagrada. E tomó la manta del asno e fincóla con dos o tres clavos en la delantera del portal. E con la albarda atapólo e cerró lo de bajo. E en

Avenida San José de la Montaña, 15

Valencia 46008 España Telf.: 963824335 Fax: 963843501 E-mail:

madresdedesamparados@madresdedesamparados.org





aquella posada, buena gente, posó la reina del paraíso" ("Sermón de la natividad", predicado en Valladolid, 1411. De Pedro M. Cátedra García, Sermón, sociedad y literatura en la edad media. San Vicente Ferrer en Castilla, 1411-1412, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1994, pp. 513-514).

Los precursores y el Humanismo

Naturalmente, no todos los predicadores transmitían esta imagen que movía a compasión. Los franciscanos, por Italia, y algunos tan escuchados como Bernardino de Feltre o Bernardino de Siena, propagaban un San José evangélico, lleno de ternura y de entrega a Jesús y a María, y hasta lo hacían patrono de aquella especie de banca primitiva y caritativa de los primeros "montes de piedad". También por Europa aparecieron los carmelitas, emigrados de Palestina, que se decían hermanos de la Virgen y que no tardarían en dotarse de tradiciones cordiales acerca del trato familiar con la Sagrada Familia en su hogar primitivo del Monte Carmelo.

Pero fue desde Francia desde donde se llamó la atención sobre la necesidad de una mayor presencia del padre de Jesús y esposo de María en la Iglesia. Una constelación de apóstoles se comprometió en este empeño a principios del siglo XV. Bástenos con recordar al más insigne y entusiasta: Juan Gerson (1363-1429), canciller de la Universidad de París, que tuvo que vivir como protagonista el difícil retorno a la unidad con el fin del nefasto cisma papal de Occidente. Precisamente desde el Concilio de Constanza, foro de resonancias especiales, proclamaba la necesidad de mirar a San José, de celebrar la fiesta de sus desposorios con misa y oficio que él mismo redactó, y compuso el primer poema dedicado a San José, la Josefina de 4.800 versos. En sus consideraciones y sermones sobre el santo ofrece ya los capítulos fundamentales de lo que podría llamarse "teología" de San José. Aunque no sea lo más importante, es sobradamente significativo su empeño por cambiar la imagen de un José viejo por uno joven, parecido a María, formulando los argumentos que se convertirán en lugar común afortunado. Acerca de algo tan interesante como la imagen de José escribía Gerson en uno de sus sermones que fueron tan oídos y, después, reproducidos por la imprenta:

"Hay que tener en cuenta que no es conveniente, para salvar la perpetua virginidad de María y el trato entre los dos esposos, creer que José, el esposo justo de María, era un viejo decrepito, sin fortaleza alguna ya y frígido cuando se casó con la adolescente María. Mucho más que la vejez y la decrepitud pudo el Espíritu Santo en la conservación de la castidad del propio José por la represión o extinción de la concupiscencia del pecado original. Por otra parte, quién hay que ignore que algunos viejos septuagenarios y octogenarios que se abrasan en sus porcísimos y feísimos deseos libidinosos, podridos por ir tras sus deseos y fantasías tan torpes, que da vergüenza pensarlas o expresarlas. Está de acuerdo con la virtud de la gracia quien dijo ser consciente de que no podía ser continente sino por un don de Dios. De manera que tengo la convicción de que José fue joven, dentro del concepto de juventud de Isidoro, que pone sus confines entre los veintiocho años, cuando termina la adolescencia, hasta los cincuenta, cuando empieza la senectud. Por tanto, José tenía los cincuenta años cuando se desposó, sin que nada suponga en contra el libelo apócrifo, justamente condenado, sobre la infancia del Salvador. Hay múltiples razones

Avenida San José de la Montaña, 15

Valencia 46008 España Telf.: 963824335 Fax: 963843501 E-mail:

madresdedesamparados@madresdedesamparados.org





que confirman esta convicción. Primeramente, por aquel misterio profético de Isaías, cuando dice: "Se alegrará el esposo con la esposa y habitará el joven con la virgen" (Is 62, 5), que la glosa interlinear y ordinaria comenta, "José con María". Convince también de lo mismo la consideración de la historia: Cleofás, segundo marido de Ana, de cuya hija, hermana de María virgen, tuvo los cuatro hermanos Santiago, José, Simón y Judas, era hermano de José, marido de su hijastra María. No parece probable que distaran tanto en edad los hermanos José y Cleofás. En tercer lugar, el fin y la razón del desposorio de María y José que se basa en dos motivos fundamentales: en primer lugar para ayuda y obsequio de María y del niño Jesús en su huida a Egipto, en su permanencia allí y en el retorno hasta que llegase a la edad perfecta; consta que para tales ministerios no habría sido idóneo un hombre decrepito e impotente, más apto para ser socorrido que para ayudar, y que hubiera resultado una carga, más que un auxilio, para María. Por otra parte, el matrimonio se proyectó para conservar la fama de María entre los pérfidos judíos y ocultar a los demonios el misterio de la encarnación, todo lo cual no podría lograrse si José apareciera a todos como viejo, frígido y desgraciado. De haber sido así, ¿quién hubiera podido creer que era el padre del niño? Quizá objete alguien: ¿por qué entonces se le pinta viejo? Se le representa viejo en las pinturas por la virtud de la castidad, ya que dice el sabio que "la edad de la senectud es una vida inmaculada" (Sap 4, 9). En contra de lo cual dice el profeta que "maldito el niño de cien años" (Is 65, 20). Y por tanto se le pintaba viejo desde el comienzo de la Iglesia naciente, cuando aún no había echado sus raíces en el corazón de los fieles la perpetua virginidad de María, para alejar cualquier amago de sospecha de trato carnal entre María y José. Aquí radica también que no se haya celebrado solemnemente este gozoso desposorio. Y como dice Horacio: "A los pintores y a los poetas les está permitida cualquier audacia" (Sermo Jacob autem, Jean Gerson, Oeuvres complètes, edic. Mr. Glorieux, 5, París, Desclée, 1963, pp. 352-353).

Gerson fue una personalidad con prestigio difícil de imaginar (se le atribuyó la autoría de la Imitación de Cristo), y sus ecos resonarán en la teología, en la predicación, en la espiritualidad y en la mística durante siglos. Para los que de una forma u otra se fijan en San José, la referencia al canciller será inevitable.

El evangelismo presente en las corrientes humanistas, el retorno a Cristo, repercutieron en la nueva forma de ver a José desde la teología, la predicación, la devoción popular (algo retrasada y alentada por los franciscanos sobre todo). La iconografía renacentista comenzó a tratarlo con respeto y dignidad, como lo hacía Berruguete, por ejemplo, en sus retablos. Y la imprenta facilitó el impulso decisivo que dio a conocer más a Gerson, el primer tratado sistemático josefino, la Suma de los dones de San José del dominico Isidoro de Isolani, impugnador de Lutero (1525), o la otra Josefina, la de Laredo, uno de los maestros de Santa Teresa.

La eclosión del Barroco

Por los contornos del Concilio de Trento la atención de las élites se fundió con las predilecciones populares. Y fue precisamente Santa Teresa el detonador de un ambiente en parte heredado y en mayor parte acelerado por ella de manera sorprendente, lo mismo por sus calurosas exhortaciones y experiencias reflejadas en el capítulo sexto del libro de su "Vida", por la coherencia de dedicar sus monasterios a

Avenida San José de la Montaña, 15
Valencia 46008 España Telf.: 963824335 Fax: 963843501 E-mail:
madresdedesamparados@madresdedesamparados.org





Madres de Desamparados y San José de la Montaña

San José (que no contaba con ninguno hasta el de Ávila), por el compromiso de su orden con el santo, al que consideraba casi como cofundador. Allá donde llegaran los libros de la Madre y sus conventos de frailes y monjas (y llegaron muy le-jos), se contaba con centros de irradiación josefina incondicional, con fiestas en las que los predicadores más celebrados, como Bossuet, derramaban alabanzas al santo. En concreto, las palabras más influyentes de santa Teresa fueron las contenidas en el siguiente “manifiesto” que incluyó en el libro de su vida y que conoció muy bien Madre Petra:

“Pues, como me vi tan tullida y en tan poca edad y cuál me habían parado los médicos de la tierra, determiné acudir a los del cielo para que me sanasen. Que todavía deseaba la salud, aunque con mucha alegría lo llevaba, y pensaba algunas veces que si estando buena me había de condenar, que mejor estaba así; mas todavía pensaba que serviría mucho más a Dios con la salud. Este es nuestro engaño, no nos dejar del todo a lo que el Señor hace, que sabe mejor lo que nos conviene. Comencé a hacer devociones de misas y cosas muy aprobadas de oraciones, que nunca fui amiga de otras devociones que hacen algunas personas, en especial mujeres, con ceremonias que yo no podía sufrir y a ellas les hacían devoción; después se ha dado a entender no convenían, que eran supersticiosas; y tomé por abogado y señor al glorioso San José, y encomendéme mucho a él. Vi claro que así de esta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este padre y señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo, hasta ahora, haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo; de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma; que a otros santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender que así como le fue sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre -siendo ayo- le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, a quién yo decía se encomendasen a él, también por experiencia; y aun hay muchas que le son devotas de nuevo, experimentando esta verdad. Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podía, más llena de vanidad que de espíritu, queriendo se hiciese muy curiosamente y bien, aunque con buen intento; mas esto tenía malo, si algún bien el Señor me daba gracia que hiciese, que era lleno de imperfecciones y con muchas faltas. Para el mal, y curiosidad y vanidad tenía gran maña y diligencia. El Señor me perdona. Querría yo persuadir a todos fuesen devotos de este glorioso santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera a las almas que a él se encomiendan. Paréceme ha algunos años que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida. Si va algo torcida la petición, él la endereza para más bien mío. Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso santo a mí y a otras personas; mas, por no hacer más de lo que me mandaron, en muchas cosas seré corta, más de lo que quisiera; en otras más larga que era menester. En fin, como quien en todo lo bueno tiene poca discreción. Sólo pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere; y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca y tenerle devoción. En especial personas de oración siempre le

Avenida San José de la Montaña, 15

Valencia 46008 España Telf.: 963824335 Fax: 963843501 E-mail:

madresdedesamparados@madresdedesamparados.org





Madres de Desamparados y San José de la Montaña



habían de ser aficionadas; que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los ángeles, en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no le den gracias a San José por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso santo por maestro y no errará en el camino. Plega el Señor no haya yo errado en atreverme a hablar en él; porque, aunque publico serle devota, en los servicios y en imitarle siempre he faltado; pues él hizo, como quien es, en hacer de manera que pudiese levantarme y andar y no estar tullida; y yo, como quien soy, en usar mal de esta merced” (Vida cap. 9, 5-8, Edic. Madrid, Editorial de Espiritualidad, 5ª edic., Madrid, 2000).

Libros muy bien escritos, como la tan editada Josefina del padre Gracián o el afortunado e inmenso poema de Josef de Valdivieso, también llamado Josefina, por citar solo algo de la incontenible literatura que aparecía en el siglo XVII; sermones ya por doquier; devociones nuevas como la de los siete dolores; seguridades de protección ante la muerte que todos los católicos querían como la de José; cofradías gremiales y devocionales o asistenciales, como las de los niños expósitos, llevaban el nombre de San José; reliquias (por supuesto no auténticas) como las del anillo de bodas, su bastón, su capa, que se veneraban lo mismo en Perugia que en París; todo, y mucho más, nos indica que San José, después de Trento, había roto los silencios anteriores y ocupaba el protagonismo en las predilecciones sobrenaturales de casi todos.

Hasta de ternura, de amor, entre José y María, María y Jesús, José y Jesús, se predicaba y escribía en aquellos tiempos barrocos en los que ni se había descubierto todavía el amor a la infancia. José de Valdivieso se atrevía a hacerlo al poetizar las relaciones de José con Jesús y con María:

(José y Jesús)

Besa José la luna de su frente,
Besa los soles que el del cielo adora,
Besa de Arabia el oro refulgente,
Las mejillas doradas de la aurora;
Besa el puro coral resplandeciente
Donde la ambrosía de los cielos mora,
Los azahares de las blancas manos,
De los pies los jazmines soberanos.

Dale un abrazo y otro más estrecho,
Un beso y otro lleno de dulzuras.
Quisiera abrir el amoroso pecho
Para meterle en sus entrañas puras;
Vese hecho cielo del que el cielo ha hecho,
Criador del que lo es de las creaturas,
Árbol que al mundo da la fruta nueva,
Pastor que al Cordero lleva...

(José y María)

En fin, fueron del mundo los mejores,
Que hizo el amor que fuesen para en uno

Avenida San José de la Montaña, 15
Valencia 46008 España Telf.: 963824335 Fax: 963843501 E-mail:
madresdedesamparados@madresdedesamparados.org





Madres de Desamparados y San José de la Montaña

Haciendo en sus hermosos resplandores
Que sus dos corazones fuesen uno:
Uno son por virtud de sus amores,
Y así en su amado vive cada uno
Transformando el amante en el amado
Y el amado en su amante transformado.

Pues si la Virgen vive a Dios asida
Tanto, que entre los dos nadie haber puede,
Y es Josef de su esposa el alma y vida
Que en estimarla al mismo amor excede,
Y ella a su mucho amor agradecida
Amándole hace que a deberle quede:
Entre casados que se quieren tanto
¿podrá entrar a ponerse ningún santo?"

(Vida, excelencias y muerte del Glorioso Patriarca y Esposo de Nuestra Señora San Joseph, Toledo, 1604).

Signo de esta incontenible eclosión pueden ser la iconografía, personificada en las representaciones del Greco o, después, de Zurbarán, en la escultura de Gregorio Fernández, de Cano o de Pereira, con San José exento, acompañado del niño Jesús, esbelto, fuerte y joven. Obispados, provincias, dominios territoriales, hasta naciones enteras lo proclamaron su protector. Es lo que sucedió con la enorme monarquía española, en tiempos de Carlos II, en un patronato efímero que no pudo (como no había podido antes el de Santa Teresa) con las resistencias procedentes del cabildo de Santiago. En otros sitios no se dieron tales dificultades, y así San José era patrono de Nueva España desde 1525; de Bélgica más tarde; del Imperio Alemán que dependía de los Habsburgo; del Canadá francés; de Baviera; de Génova; de las misiones chinas, etc.

El patronato no solo era territorial. También lo era personal, y muchos siguieron el ejemplo de Santa Teresa de tomarlo como abogado. De hecho, hay cierta correspondencia entre la propaganda teresiana y la frecuencia con que en tantos sitios (desde Francia hasta Polonia) se va imponiendo el nombre de José a las criaturas en el bautismo, con todo lo que ello significaba. Apenas presente hasta entonces, desde comienzos del siglo XVII cada vez se comienzan a llamar José o Josefa más niños y niñas, hasta llegar a lo que se hizo corriente en Castilla (la mejor estudiada): a fines del siglo ya más del doce por ciento tenían ese nombre, en proporción que no decaería por lo menos hasta 1984.

Contrastaba con el fervor del clero (en todos sus sectores) y del pueblo la actitud de Roma. Porque San José, a pesar de tanto, no disponía de una fiesta universal, aunque se celebrara, pero de forma particular, en las órdenes religiosas casi todas o en diócesis especiales. Hasta que un Papa, Gregorio XVI, logró de la resistente Congregación de Ritos en 1621 que la fiesta de San José se celebrara en toda la Iglesia, incluso como de precepto. Aunque su oficio y su misa eran pobres litúrgicamente, y lo del precepto pronto dejase de ser general, no cabe dudar de la trascendencia de esta primera intervención pontificia.

Avenida San José de la Montaña, 15
Valencia 46008 España Telf.: 963824335 Fax: 963843501 E-mail:
madresdedesamparados@madresdedesamparados.org





Crecimientos y crisis

Contra lo que suele afirmarse, la Ilustración del siglo XVIII no supuso un freno a esta devoción, imparable ya, sino un intento de depuración. Como era natural, se cuestionaron formas determinadas de piedad que no iban con el talante exigente y crítico que amanecía: determinadas reliquias imposibles, maneras populares de celebrar al santo. En contraste, San José aparece más evangélico, y, al valorarse el matrimonio y la familia, se le propone como ejemplo al que mirar, juntamente con Jesús y María. Incluso, como en Nueva España, o en Cádiz, se le reza como protector contra terremotos, y en todos los sitios profundiza su modelo de la buena muerte, llevado a la pintura de forma magistral por Goya. Aparece invocado en testamentos, se crean más cofradías josefinas, no disminuyen los que se llaman con su nombre ni decrece la producción editorial de todos los géneros con San José por tema.

Pero el tiempo fuerte de este crecimiento fue el siglo XIX, netamente josefino. Pulularon devociones y devocionarios que encontraron su expresión más popular en las estam-pas que invadieron el mercado casi siempre procedentes de Francia. El nuevo tipo de vida religiosa, de presencia social en enseñanza y hospitales, es decir, las congregaciones religiosas modernas entre las que hay que ver a la de la Madre Petra, se fijaron con predilección en José: de las (más o menos) 239 que llevan el nombre del santo, la inmensa mayoría se data en este siglo. En los hogares y en los templos se comenzó a rezar la oración "A vos, bienaventurado San José" para pedir la protección del santo en "tiempos calamitosos", como se decía. La oración era del propio León XIII, Papa que emitió la única encíclica josefina existente (1889), "Quamquam pluries", y que estableció, para toda la Iglesia, la fiesta de la Sagrada Familia dentro del ambiente navideño. Pero la decisión pontificia más decisiva fue la de Pío IX, que proclamó a San José patrono de la Iglesia Universal (1870), extendiendo a toda la Iglesia una fiesta que celebraban ya tantas instituciones particulares desde que la comenzaran en el siglo XVII los carmelitas descalzos.

Y es en este clima en el que hay que situar la persona, el compromiso y la devoción a San José, incluso la construcción de este santuario de San José de la Montaña en el que nos encontramos.

En contraste, poco se enriqueció la reflexión escriturística y teológica y no mucho la liturgia, siempre a remolque de la devoción. Las incontables campañas que desde principios de la centuria se orquestaron para lograr la presencia de San José en la misa (en el acto penitencial, sobre todo en el canon) junto a tantos santos, preferentemente romanos, chocaron siempre con la resistencia roqueña y misoneísta de la Sagrada Congregación de Ritos, aferrada a no tocar en nada lo que decía venerable antigüedad de siempre. En realidad, la presencia en el culto oficial y general de la Iglesia se ha debido a decisiones de papas devotos a pesar de la oposición de los dicasterios correspondientes.

El contradictorio siglo XX

Avenida San José de la Montaña, 15
Valencia 46008 España Telf.: 963824335 Fax: 963843501 E-mail:
madresdedesamparados@madresdedesamparados.org





Madres de Desamparados y San José de la Montaña

Estas inercias, y estas contradicciones, perviven en el siglo XX con el Concilio Vaticano II como eje de cambios sustanciales, que no fueron sólo eclesiales, sino, también sociales, de mentalidad y de religiosidad. Hasta los años sesenta se percibe la continuidad de formas devocionales anteriores. A partir de entonces San José también es afectado por las nuevas corrientes, quizá más clericales que populares, y entra en la trayectoria, a veces hasta despectiva, de las de-vociones en general.

Es cierto que Pío XII establece en 1955 la fiesta de San José Obrero, pero miraba más al mundo del trabajo, al uno de mayo, que al esposo artesano de María, y, además, se introdujo a costa de la del Patrocinio, suprimida por entonces. En 1962 Juan XXIII, haciendo caso a campañas promovidas por los centros josefinos de Valladolid, Montréal e Italia, decretaba la introducción de San José en el canon romano, decisión significativa pero reducida a muy poco a partir de la reforma litúrgica, con otras plegarias litúrgicas que prácticamente anularon la del canon romano.

En lo que más se ha evolucionado ha sido en la investigación. La teología (que a algunos no gusta que se llame josefología), con numerosos tratados en este siglo, en principio fue escolástica y tuvo su expresión tomista más genuina en el libro de Bonifacio Llamera, Teología de San José (1953). Por los años cuarenta comenzó a aparecer la primera revista de investigación especializada, Estudios Josefinos (Valladolid), activa todavía, a la que se uniría en la década siguiente su réplica canadiense Cahiers de Joséphologie (Montréal) que ha durado hasta 1995. Una y otra ofrecían los trabajos de Sociedades de estudios radicadas en el Centro Josefino vallisoletano, pionero, y en el del Oratorio de San José de Montréal. Organizadas por la primera, se celebraban semanas de estudios. Sus productos eran especulativos, escolásticos, o históricos, a veces de singular valor. Desde el Vaticano II, se ha mantenido la línea de investigación histórica, pero siempre desde planteamientos más bíblicos, evangélicos y pastorales.

A estos centros se han añadido otros en México, Chile, Polonia, varios en Italia, Malta y hasta Corea. Entre todos se vienen organizando simposios internacionales desde 1970 que han intentado, y en parte logrado, rastrear la presencia de San José en el misterio de Cristo y a lo largo de la vida de la Iglesia. Como refrendo popular, o como expresiones de la espiritualidad de congregaciones josefinas, aparecen numerosas revistas josefinas de divulgación. Existen lugares de peregrinación como el del Oratorio de San José en Montréal, en cierto sentido San José de la Montaña de Barcelona.

En la actualidad, San José no suscita tantos entusiasmos como antes. Puede decirse que, inducida por otros motivos, la devoción popular ha decrecido. En contraste, se registra un renovado interés, pero sólo entre minorías, convencidas de la necesidad y de las posibilidades que San José, siempre desde el misterio de la salvación, ofrece para la reflexión teológica y para la vida cristiana, tal y como se expone en la hermosa exhortación apostólica de Juan Pablo II, "Custodio del Redentor". Basándose en este documento pontificio se ha intentado, inútilmente hasta ahora, la recuperación del título de San José "patrono de la Iglesia" al menos al recordarlo y celebrarlo en su fiesta.

Avenida San José de la Montaña, 15
Valencia 46008 España Telf.: 963824335 Fax: 963843501 E-mail:
madresdedesamparados@madresdedesamparados.org

